

REVISTA FACULTAD NACIONAL DE AGRONOMIA

DIRECCION:

José V. LAFAURIE ACOSTA ——— Jesús ATEHORTUA RAMIREZ

AÑO II — JULIO - AGOSTO DE 1940 — VOL. II — NUMERO 7

Apartado aéreo N° 568.—Dirección Postal: Facultad Nal. de Agronomía.

Teléfono: 32-30. — Medellín, Colombia, S. A.

(Registrado como artículo de 2ª clase en el Ministerio de Correos y Telégrafos, el 8 de septiembre de 1939.—Licencia N° 648).

EDITORIAL

La agricultura es una industria íntimamente ligada con la naturaleza; es una función natural. Como ninguna, necesita de la técnica para encauzarla y conseguir de ella los rendimientos necesarios. Su misma condición natural implica que esté al alcance de todos los hombres y así ha sido desde el hombre cavernario, pero ya cuántos por desconocimiento en su manejo y por la explotación irracional, no ha llevado a la ruina y a la desolación.....! Es una actividad económica ejercida en casi su totalidad por masas radicadas —en sucesión de generaciones— en los campos.

Su sometimiento a reglas técnicas, su desarrollo como efecto de proyectos racionales y científicos y, por consiguiente, el abandono del empirismo en esta importante actividad humana, no data de muchas centurias, sino por el contrario es un hecho de la historia contemporánea. El progreso operado en las ciencias agronómicas ha sido formidable y día a día los investigadores y realizadores ayudan al hombre en su lucha por vencer y dominar los múltiples enemigos: — complejos climáticos, sueños, plagas, enfermedades criptogámicas, etc. — que conspiran contra la óptima producción agrícola tanto en calidad como en cantidad. La naturaleza no es siempre el mejor aliado del hombre, antes más bien a cada paso le presenta un escollo que, vencido y encauzado a su servicio, le facilita medios para el mejor goce de los bienes materiales. Esto se alcanza con la técnica, que es una operación racional, no instintiva.

* * *

En nuestro país el conocimiento de las ciencias agrícolas es un hecho reciente y muy a pesar de las constantes críticas que individuos tocados de la manía de pontificar en todas las cosas sabidas y por saber, le hacen a los profesionales de estas disciplinas, Colombia le adeuda a estos profesionales y a estas ciencias muchos progresos invaluables. De ello tenemos conciencia como la tenemos de la incomprensión que reina en el país para juzgarlas y para juzgarnos.

Profundamente hispánicos, nuestros campesinos han heredado todos los resabios empíricos del peninsular. Ha-

blando de él, decía don Miguel de Unamuno: "Id por esos campos y proponed a un labrador una mejora de cultivo o la introducción de una nueva planta o una novedad agrícola, y os dirá: "Eso no pinta aquí". "¿Lo habéis probado?" preguntareis, y se limitará a repetiros: "Eso no pinta aquí". Y no sabe si pinta o no pinta, porque no lo ha probado ni lo ensayará nunca. Lo probará estando de antemano seguro del buen éxito, pero ante la perspectiva de un fracaso y tras él la burla y chacota de sus convecinos, talvez el que se le tenga por loco o por iluso o por mentecato, ante esto se arredra y no ensaya. Y luego se sorprende del triunfo de los valientes, de los que arrostran motajos, de los que no se atienen al "en donde fueres haz lo que vieres" y el "¿adónde vas Vicente? ¡adondè va la gente!", de los que se sacuden del instinto rebañego". Y agrega: "Hubo en esta provincia de Salamanca un hombre singular, que surgido de la mayor indigencia amasó unos cuantos millones. Estos charros de rebaño no se explicaban tal fortuna sino suponiendo que había robado en sus mocedades, porque estos desgraciados, tupidos de sentido común y eternamente faltos de valor moral, no creen sino en el robo y en la lotería. Mas un día me contaron una proeza quijotesca de ese ganadero, el Mosco. Y fue que trajo de las costas del Cantábrico hueva de besugo para echarla en una charca de una de sus fincas. Y al oírlo me lo expliqué todo. El que tiene valor de arrostrar la rechifla que ha de atraerle forzosamente el traer hueva de besugo para echarla en una charca de Castilla, el que hace esto merece la fortuna."

"¿Que ello es absurdo, decis? ¿Y quién sabe qué es lo

absurdo? ¡Y aunque lo fuera! Sólo el que ensaya lo absurdo es capaz de conquistar lo imposible. No hay más que un modo de dar una vez en el clavo, y es dar ciento en la herradura. Y sobre todo, no hay más que un modo de triunfar de veras: arrostrar el ridículo. Y por no tener el valor para arrostrarlo tiene esta gente su agricultura en la postración en que yace”.

La larga cita anterior, es una verdad axiomática para nuestro pueblo, y quizás lo que decía don Miguel, es un cuadro pálido para expresar nuestra realidad nacional sobre estas materias. Y con ese campesino tiene que luchar nuestro Ingeniero-Agrónomo para poder alcanzar un poco de éxito en sus campañas. Y sobre ellas, se escuchan frecuentemente y de todos los sectores de la opinión quejas por la escasa efectividad. Campañas que, además de ser técnicas para renovar los actuales sistemas, tienen que ser de educación campesina, realizadas por un pequeño grupo de profesionales —apenas si llegan a ciento los agrónomos del país— mal remunerados, peor atendidos, rodeados de una atmósfera de suspicacia, de sabiduría barata, de sentido común, de incomprensión, de recelo, etc., que le forman no sólo el campesino, sino el hombre de mediana cultura y a veces el de cultura distinguida. Jamás se le perdona una equivocación. No tiene derecho. Y una sola de ellas sirve de base para generalizar el desprestigio. Se crea una estación Experimental o una simple Granja de Demostración, y al día siguiente el público mediano espera conclusiones definitivas. Un Ingeniero-Agrónomo, urgido por los reclamos de los agricultores que le demandan una fórmula —que no emplearán por desconfianza— para combatir una pla-

ga o una enfermedad, muchas veces desconocidas, o un curioso, que le interroga por qué la plantación tal, tiene una mala cosecha o no produce, o qué variedad le recomienda para ese pésimo terreno que tiene, etc, problemas que a diario se presentan, tiene muchas veces —por respeto a su conciencia profesional— que callar o demorar la respuesta ante la complejidad del problema (aparentemente sencillo para quien consulta), arriesgando así su prestigio profesional y el de sus colegas. Materias tan complejas, conocimientos tan variados es necesario poseer y dominar y por añadidura se exige y se critica el que no sepamos distinguir por sus nombres científicos cualquier especie vegetal que se nos presente. Tal es a grandes líneas la angustiada realidad de este profesional en Colombia y el medio en que tiene que actuar.

El estar seguros de antemano es una modalidad especial de la mayoría de nuestras gentes; es por tanto de necesidad imprescindible, si deseamos infundir al país un ritmo acelerado en su producción agrícola, establecer cientos de granjas de experimentación y demostración, en donde el pueblo pueda ver palpablemente los resultados satisfactorios de los sistemas nuevos; en donde con base en las estadísticas y la contabilidad, se pueda establecer ante él las pérdidas que significa el trabajar con sus métodos y los rendimientos económicos que se traducen con los nuestros. Una campaña de tal naturaleza encaminada a procurar un verdadero vuelco de nuestra economía productiva, requiere tiempo y sobre todo dinero. La sola presencia de un Agrónomo oficial en una comarca con los miserables presupuestos de gastos de que hoy dispone, es perfectamente nula, inoperante. Sólo consi-

que su desprestigio y cierra las puertas para acciones posteriores, pues ya no se creará en sus recomendaciones debido a que en nuestro pueblo no se crea conciencia verdadera sobre cualquier asunto, sino cuando tras las palabras vienen los hechos confirmatorios.

En el empeño de querer modificar e impulsar la agricultura nacional, también es urgente cambiar el concepto sobre los profesionales encargados de coadyuvar en esa realización. En los tiempos actuales un individuo no puede dominar todos los conocimientos de una profesión. Ellas reclaman la especialización y la Agronomía, como todas, está informada de conocimientos muy disímiles y complejos. Pensar que un profesional puede resolver todos los problemas que se le presenten en el campo de la Patología Vegetal, a la vez que es perito en Entomología, o en Suelos, o en Cultivos de cualquier naturaleza, o en Riegos, o en Bosques, etc., es una necesidad. Sólo conocimientos generales puede obtener. El corto tiempo de estar funcionando entre nosotros instituciones de enseñanza agronómica (esta Facultad cumple este año veinticinco de fundada) indica que no hay una larga tradición de enseñanza y que por lo pronto es imposible pensar en especializaciones serias llevadas a cabo dentro del mismo país, pero si debemos pensar en cumplir aquí esa etapa imprescindible. Mientras tanto, la carrera y el país mismo estarán frente a la urgencia de enviar misiones de profesionales escogidos al exterior a seguir cursos determinados, a comparar sistemas distintos, a adquirir nueva técnica, a observar, para que aporten al país nuevos conocimientos, buenas iniciativas, concepciones nuevas sobre tantas materias referentes a la

agricultura moderna. Si en las distintas zonas agrícolas del territorio nacional pudiéramos contar con un equipo de profesionales especializados sobre cada rama de la agricultura y con los medios económicos suficientes para hacer labor metódica, racional y eficiente, si pudiéramos evitar la acción tan diluida que hoy se ejerce, en tiempos no muy lejanos podríamos ver salir nuestra agricultura de la actual situación en que yace, como también veríamos desaparecer el injusto equívoco que se extiende sobre la poca efectividad de la acción agronómica, motivada por el reducido personal y por la insuficiencia de las partidas que en el presupuesto nacional se dedican a impulsar la primera actividad del colombiano.
